

no oyen... Paciencia... Y decían que era una
delicia vivir en una noche así...

*(Se cogen del brazo, y saliendo,
canta.)*

«Una reina, gentil moza,
cubierta de pedrería...»

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Una habitación elegante y risueña de la casa en
que se hospeda David en San Sebastián.

Al foro, pared y una gran galería o mirador de
cristales. Forillo, mar. Derecha e izquierda,
puerta.

Sobre una silla, una maleta de mano; al lado, algu-
na ropa.

Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

DAVID, de espaldas, apoyado de bruces en la ga-
lería, contempla absorto el mar. Pausa. Una
CRIADA, por la derecha.

CRIADA.—Señorito...

(Más fuerte.)

Señorito...

*(David vuelve un poco la cabe-
za para mirarla.)*

¿Quiere el señorito desayunarse?

DAVID.—No.

CRÍADA.—Son las diez...

(*David vuelve a ensimismarse.*)

Ahora traerán la ropa blanca...

(*Pausa.*)

De mal talante deja a San Sebastián... Ha debido perder mucho. Allá veremos en la propina.

(*Mutis Criada, por la derecha.*)

ESCENA II

DAVID solo, continúa un rato en la ventana, entra, da un paseo como si buscara sin saber lo que busca y vuelve a asomarse.

ESCENA III

DAVID y después VALENTÍN, por la derecha.

VALENTÍN.—¡David!...

(*Se le queda mirando, mira la maleta y sonríe. Más fuerte.*)

¡David!...

DAVID.—(*Volviéndose sobresaltado.*)—Don Valentín...

VALENTÍN.—¿Te marchas? ¿Has mandado a buscarme para decírmelo?... Como quieras; pero advierte que tu partida la tomaré por señal de ruptura de nuestro pacto. Márchate o quédate: prevenido estás, David.

DAVID.—Lo estoy.

VALENTÍN.—Eso es más explícito aún.

(*Marchando.*)

Salud, David.

DAVID.—(*Corriendo a detenerle.*)—Por caridad...

VALENTÍN.—Esa fué tu última palabra anoche...

DAVID.—Y en ella sigo pensando para dirigirme a usted... ¡Caridad! ¿Por qué obligarme a destrozar mi conciencia?

VALENTÍN.—No olvides que la he pagado.

DAVID.—Pero usted me exige que contribuya a la desdicha de una mujer leal y noble...

VALENTÍN.—Esos escrúpulos los pagué también. No hay razón para invocarlos ahora...

DAVID.—¿Tiene usted alguna queja de mí...? Desde que usted me salvó tan generosamente, ¿no he sido respetuoso y dócil?... ¿No he procurado borrar, con mi conducta, algo siquiera del profundo desdén que merecía?...

VALENTÍN.—Sí, sí...

DAVID.—Y habiendo sido tan clemente, ¿por qué le complace a usted ahora convertirse para mí en la sombra de la fatalidad, que viene a cobrarse en los días felices la deuda y el error de los días pasados.

VALENTÍN.—Porque esa es la justicia que se hace con nuestras propias culpas. El porvenir cobra lo pasado.

DAVID.—Las mías voy redimiéndolas. ¿Por qué me inclina usted fríamente a cometer una infamia?

VALENTÍN.—¿Ahora sabes cómo se llaman?... Antes no sabías más que realizarlas.

DAVID.—(*Bravo.*)—¡Don Valentín!
(*Humilde.*)

¿Por qué no me permite usted seguir honrado?

VALENTÍN.—Porque no lo eres, porque no creo en tu honradez. Eres uno de los muchos ambiciosos a quienes el ansia de satisfacer sus goces les empuja por la senda más corta: la de bandidos, como tú lo fuiste.

DAVID.—(*Desesperado.*)—¡Don Valentín!... ¡Don Valentín!...

VALENTÍN.—Pero cuando la fortuna de nacer o la fortuna de lograr les proporciona medios

holgados para esos goces, se despierta en ellos el instinto natural, que nos hace caballeros y buenos tan sólo porque no nos cuesta esfuerzo alguno la bondad ni la clemencia. Y eso eres tú ahora, David. ¿Para qué has de robar siendo rico?... Si volvieras a pobre, volverías a ladrón.

DAVID.—No.

VALENTÍN.—(*Desdeñoso.*)—No lo probemos, por si acaso.

DAVID.—Y si usted lo sabe—o piensa que lo sabe—¿por qué me niega usted lo que tan poco le costaría?...; ¿por que no me deja usted ser leal?...

VALENTÍN.—¿Leal?... Empieza por serlo a nuestro pacto y obedece.

DAVID.—(*Hincando una rodilla en tierra.*)—¿Por qué, don Valentín, por qué?...

VALENTÍN.—(*Serio y severo.*)—No lleguemos a lo ridículo...

DAVID.—(*Levantándose rápido.*)—Su esclavo de usted soy... Hágase en mí su voluntad... Pero piense usted un momento en que el destino, que me escogió por víctima, pudo hacerme verdugo... Con la misma indiferencia, conservando la misma tragedia en las al-

mas, pudo cambiar las personas: ser usted el mísero y yo el altivo, usted el que rogara y yo el que negase... y entonces vería usted qué pronto las arrogantes palabras de razón y de justicia le sonaban en mis labios a rencor cruel y a cruelísima venganza...

VALENTÍN.—Nunca.

DAVID.—¿Nunca?... Para saber lo que valen las palabras que uno dice, es menester que a uno mismo se las hayan dicho alguna vez.

VALENTÍN.—Ahí aciertas. Sin percartarte de ello estás justificando mi conducta.

DAVID.—¿Conmigo?...

VALENTÍN.—Contigo no hace falta.

DAVID.—¿Con los Valmir?...

VALENTÍN.—Con ellos, sí. No puedes adivinar lo que representa para mi ese nombre de humillaciones y sufrimientos. ¿Tú no has odiado?

DAVID.—No.

VALENTÍN.—Pues no has vivido... El único placer que se recoge siempre, el único que no lo disminuyen las contrariedades ni lo empaña el tiempo, el único, es el odio.

DAVID.—¿Y ha podido usted guardarlo?...

VALENTÍN.—Callar y sufrir es otro placer

más...; apréndelo, David, por si te llega el día de aborrecer a alguien. La amenaza es torpe: el golpe es sagrado.

DAVID.—¿Tanto odia usted?...

VALENTÍN.—¡Tanto, que la idea sola de aniquilar en su orgullo a la raza entera de los Valmir, ya me desquita de las amarguras de esperarlo años y años!... ¡Escucha!...

DAVID.—No, no...

VALENTÍN.—Escucha, escucha. La casa de los abuelos de esta Genoveva...

DAVID.—No me lo diga usted si es algo que empequeñezca mi estimación por ellos.

VALENTÍN.—¿Tienes miedo a la verdad? Pero ya es preciso que tú lo sepas. Nunca te la dije y ahora quiero decirla... Después de todo, hablar lealmente una sola vez en la vida es casi no haber hablado. Escucha...

DAVID.—No...

VALENTÍN.—¡Escucha!... La casa de los Valmir era el prototipo de las familias patriarcales, dignas y severas, incapaces de una villanía y muy capaces de todas las bondades. Decir que lo dijeron, era decir verdad; decir que a uno le recibían, era decirse honrado...

DAVID.—Así los consideran hoy.

VALENTÍN.—Calla, que de hoy no te hablo. En aquel entonces estaba yo en las oficinas de la administración de sus fincas; pero me acogían con tal cariño que olvidé las distancias y osé poner mis ojos de enamorado...

DAVID.—¿En doña Paz?...

VALENTÍN.—No era doña Paz aún...

(Pausa. *Absorto un segundo: bruscamente.*)

Escucha: Al saberlo, al sospechar que Paz no se había burlado de las súplicas amorosas, la amenazaron con arrojarla a la calle si persistía en darme oídos.

DAVID.—Fué un dicho: no se hubieran atrevido a echar a una hija...

VALENTÍN.—Sí se hubieran atrevido, sí. Era una familia patriarcal y los patriarcas dejaron leyenda de crueles. Con un pan y un odre de agua solamente, en el temeroso desierto abandonó Abraham a su hijo y a la madre de su hijo.

DAVID.—(Suplicando que se calme.)—Don Valentín...

VALENTÍN.—(Despreciativo.)—¿Es mentira?... Ella cedió, pero ellos no se aplacaron en su orgullo ofendido, y para escarnecerme,

para rebajarme ante la que pudo no reirse de mis ruegos, me despidieron de la casa suponiéndome complicado en un desfalco. ¿Comprendes?...

DAVID.—Sí...

VALENTÍN.—Decían públicamente que me perdonaban, que no querían insistir en eso siquiera..., y pasaron por generosos. ¿Comprendes?... No les bastó aún, y pensando tal vez que mi presencia en el pueblo podía ser un peligro futuro, me persiguieron, me acorralaron, hasta que al fin, como las puertas del patriarca, se cerraron a mi paso y a mi voz todas las puertas de todas las casas. Fué preciso huir... Saliendo de noche, avergonzada, temerosa de que ojos humanos viesan a la madre del llorón, poco menos que a rastras me siguió mi madre por el destierro mío, y al cabo de un año de privaciones y de miserias quedó en el camino. El último aliento fué para decirme: «¡Cuando puedas, restituye, hijo!...»

(Sacudiendo a David por el hombro.)

¿Comprendes?... Creía más en ellos que en mí... Era más poderosa la tradición honrada, el prestigio heredado de toda una raza, que

mis juramentos y mis protestas y mis lágrimas... Murió creyendo en mi culpa... ¿Comprendes?...

(*Sacudiéndolo.*)

¡¡Dime que comprendes!!...

DAVID.—Sí, don Valentín, sí...

VALENTÍN.—¡Restituye, me dijo!... Y esa palabra me quedó tan impresa, que no he vivido más que para restituir, para devolverles y pagarles nuestra deuda... Me hicieron mal, y mal les debo, y mal les pago, y mal les restituí... ¡A sabiendas de que era inocente, me escarnecieron; a sabiendas de que eres un ladrón, quiero que te honren, y te honrarán, David!...

DAVID.—¡Don Valentín!... Ya veo que será usted implacable...

VALENTÍN.—Para que tuvieras esa persuasión te lo he revelado. Ya sabes mi odio y mi justicia. Por ti vino a mis manos la venganza; hasta que se realice, eres mío, David. Cásate con Genoveva... A ella y a sus padres les entregaré tu confesión. Podrán romperla y ya no habrá arma contra ti: nuestro pacto quedará cumplido y deshecho.

DAVID.—¿Pero han de leerla?

VALENTÍN.—Eso, sí.

DAVID.—¡Eso, no! Yo no la conduzco engañada al oprobio y a la vergüenza...

VALENTÍN.—Piénsalo, te lo aconsejo.

DAVID.—Pensado va.

VALENTÍN.—(*Poniéndole la mano en el hombro con fuerza.*)—¡David!...

DAVID.—Usted me perdona a mí, por no hierla a ella, o me hiere usted a mí solo.

VALENTÍN.—¡David!

DAVID.—(*Curvándose al peso material de la mano.*)—Porque yo la quiero con todos los amores de mi alma.

VALENTÍN.—¡David!... ¡David!

DAVID.—¡La quiero!... ¡La quiero!...

VALENTÍN.—Intenta salvarla... ¡Inténtalo y te destrozo!...

DAVID.—(*Irguiéndose.*)—A mí, sí; cuando usted disponga; pero a ella, no, porque la quiero, la quiero, la quiero con toda mi alma... y si la desgracia suya no tiene más camino que la complicidad mía, yo me quedaré sin vida, pero usted se quedará sin venganza.

(*Llaman a la puerta derecha.*)

VALENTÍN.—Silencio...

DAVID.—No hurtó el cuerpo a mi castigo,

don Valentín. Su esclavo soy; cúmplase en mí su voluntad.

VALENTÍN.—Silencio.

DAVID.—Pero en ella, no, porque la quiero.

VALENTÍN.—¡Silencio!

(Inclinándose, retrocede. Llama de nuevo a la puerta.)

ESCENA IV

DICHOS y CRIADA, por la derecha.

CRIADA.—*(A Valentín, que abre.)*—Una señora...

VALENTÍN.—¿Quién?

CRIADA.—Doña Genoveva...

VALENTÍN.—¡Que pase!

(Mutis Criada.)

DAVID.—¡Genoveva!...

VALENTÍN.—Ama la verdad y no vacila en venir a buscarla... Esa mujer te perdonará después.

DAVID.—Pero aún falta que me perdone yo antes a mí mismo.

VALENTÍN.—Palabras, palabras... En el saloncito aguardo a que me llames.

DAVID.—Meditelo usted mientras..., que a vida o a muerte me juego el silencio de usted.

VALENTÍN.—Te perdonará luego...

DAVID.—Pues a muerte va.

VALENTÍN.—Palabras, palabras... Allí aguardo.

(Mutis. Valentín, por la izquierda, cerrando él mismo la puerta.)

ESCENA V

DAVID y GENOVEVA, por la derecha. LA CRIADA deja paso, sonrío y mutis cerrando.

DAVID.—¿Tú aquí, Genoveva?...

GENOVEVA.—Anoche has huido de mí en el Casino; hoy te marchas... Márchate hoy, pero dime primero el motivo de esta traición, si es traición, o de esta desdicha..., si es desdicha solamente.

DAVID.—¿Para qué has venido?...

GENOVEVA.—Abajo está el coche de mis padres; el lacayo subió a preguntar... Vengo

buscando un secreto, pero no vine en secreto, que si mi buena fama sirve para que me juzguen los demás, no hay razón para que no me sirva a mí.

DAVID.—Te quiero, Genoveva, te quiero... Y ahora escucha algo más horrendo todavía: ¡no te puedo querer!...

GENOVEVA.—¿Qué dices, David?

DAVID.—Soy un hombre abyecto, soy un miserable, y para demostrar que te quiero es forzoso que no te quiera más.

GENOVEVA.—¿Qué dices, David, qué dices?

DAVID.—¿Sabes lo que es piedad?... ¿lo sabes?... Pues busca la que tengas, recógela toda, y cuando esté reunida, óyeme piadosa, Genoveva.

GENOVEVA.—(*Avanzando.*)—Habla, habla.

DAVID.—Mirame bien, que hoy vas a verme por primera vez. El caballero sin tacha, el digno y el leal, el amor y el amado tuyo, es un vil esclavo de otro hombre.

GENOVEVA.—¿De don Valentín?

DAVID.—Explicándote quién soy, huyendo de ti, rompo mi pacto de obediencia, se acaba la vida reposada...

GENOVEVA.—¿Pobre?... ¿Qué importaría?...

DAVID.—Se acaba el aprecio de todos.

GENOVEVA.—¿Qué importa?... Queda el mío.

DAVID.—Tendré que marchar de España...

GENOVEVA.—¿Qué importa?... Queda el mundo entero.

DAVID.—No. Queda la prisión únicamente.

GENOVEVA.—(*Retrocediendo.*)—¡David!...

DAVID.—No te apartes tú, no te apartes tú... Para algo te he pedido la piedad...

GENOVEVA.—¿Qué has hecho, David?...

DAVID.—¿Qué hice?... Antes, vender la conciencia; ahora, rescatarla.

GENOVEVA.—No más enigmas... ¡La verdad quiero! Como sea, desgarradora, sangrienta, brutal; como sea, quiero la verdad, David.

DAVID.—¿Para qué más verdad? ¿Para qué acercarte más a la fuente amarga?

GENOVEVA.—¿Qué hay entre don Valentín y tú?...

DAVID.—(*Amenazando hacia la izquierda.*)—Es la rueda que me atropella.

GENOVEVA.—¿Está ahí?...

(*Llamando.*)

¡Don Valentín!...

DAVID.—¿Qué haces?

GENOVEVA.—¡Don Valentín! ¡Don Valentín!

DAVID.—¿Qué haces?

GENOVEVA.—¿Entregas tu nombre y tu amor?... Yo los recojo y los defiendo. ¡Don Valentín!

ESCENA VI

DICHOS: VALENTÍN, por la izquierda.

VALENTÍN.—¿Quién llama?

GENOVEVA.—¿Qué lazo misterioso les liga a ustedes?

DAVID.—¡No preguntes!

GENOVEVA.—Deja y aparta.

DAVID.—No.

GENOVEVA.—Deja... Yo quiero saber la verdad.

DAVID.—¡No, no, Genoveva, no!

GENOVEVA.—(*Luchando.*)—Aparta, y deja sitio, que la verdad va a ponerse ahora en lugar tuyo.

DAVID.—No hables, no preguntes...

GENOVEVA.—Déjame, David.

DAVID.—No.

GENOVEVA.—Te lo suplico.

DAVID.—No.

GENOVEVA.—Te lo mando.

DAVID.—(*Forcejeando para llevársela.*)—No.

GENOVEVA.—¡David!

VALENTÍN.—(*Friamente.*)—Gabriel Soria.

DAVID.—(*Soltando a Genoveva y volviéndose espantado.*)—¡Don Valentín!... ¡Por caridad, don Valentín! ¡Que a vida o a muerte me ponga en sus manos!

GENOVEVA.—¿Por qué obedece como un siervo, como un esclavo?

VALENTÍN.—Lo será.

GENOVEVA.—Pero cuando un hombre se humilla ante otro, el otro no puede ser más que ruin consintiéndolo, o generoso perdonándole... Y usted que es tan bueno y a quien David respeta de ese modo, que hace falta reverenciar mucho para mostrarse cobarde cuando una mujer lo mira, ¿usted le perdonará, don Valentín?

VALENTÍN.—No puedo. «Restituye», me dijo. Y es la hora.

GENOVEVA.—¿De una venganza?... Qué lejos estaba yo de usted al considerarle generoso y bueno.

VALENTÍN.—Usted no me puede juzgar, porque desconoce...

GENOVEVA.—Si no le juzgo, le compadezco. ¿Lleva usted un odio?... ¿Qué más castigo va usted a llevar?

VALENTÍN.—No suplique usted, Genoveva; será en vano.

GENOVEVA.—Y aunque lo sea, ¿que he de hacer sino rogarle por él y por mí?... Yo no sé quién le ha ofendido a usted, ni qué ofensa mortal es la que a usted le hicieron...; pero sé que de mí, de los míos, no recibió usted más que afectos y atenciones...

DAVID.—De los tuyos, no.

VALENTÍN.—¡Me escarnecieron!... ¡Me injuriaron!

GENOVEVA.—¿Cuándo?

VALENTÍN.—Treinta y cuatro años hace hoy.

GENOVEVA.—Yo no había nacido. David tampoco... ¿Y en qué pudieron ofenderle a usted los que no habían nacido todavía? ¿Por qué viene a nosotros un castigo tan injusto? ¿Por qué? ¿Por qué?

VALENTÍN.—Esa es cuenta mía.

GENOVEVA.—(*Airada.*)—¡Mía, mía! Le hablé a usted con dulzura y me respondió usted con

desdén; he rogado y atajó usted mis ruegos; quería una explicación y me dió usted una amenaza... ¿Me cierra usted el paso a la bondad, don Valentín? ¿Lo cierra usted?... Bien está; pero eso es abrirme el camino a la violencia, y ya que no tengo otro, acepto ese.

DAVID.—No supliques.

GENOVEVA.—¿No conoces ya en mi voz que esto no es súplica? Usted persigue una mala pasión, y con tal de verla lograda no le preocupa lo que caiga ni lo que lastime. «Es mi venganza; ¿qué me importa a mí el amor tuyo.» Y yo le contesto a usted igual: «Es mi amor; ¿qué me importa a mí su venganza de usted?»

DAVID.—¡Genoveva!

GENOVEVA.—¿Pensaba usted que iba a destrozarnos sin llevarse una herida, un rasguño, un arañazo siquiera? ¡Eso no! Lo que pueda y como pueda y hasta donde pueda, que de usted no hemos hablado todavía y es ocasión de que lo hablemos ya, don Valentín.

VALENTÍN.—¿De mí?

GENOVEVA.—No sé cuál es el crimen de David, pero es mayor el de usted. El viene de culpable a caballero, y usted va de caballero a ruin.

VALENTÍN. — ¡Cuidado! Usted no sospecha hasta dónde iremos.

GENOVEVA. — Ni necesito sospecharlo, porque lo voy a saber ahora mismo. Oye y responde: David, ¡te quiero!

DAVID. — No soy digno de ti.

GENOVEVA. — ¿Por qué no? Los que tropiezan en la vida no son los peores, sino los más desdichados. Te quiero, David. ¿Cuál es tu culpa?

VALENTÍN. — ¡Cuidado, Gabriel!

DAVID. — Ni Gabriel ni David le obedecen a usted, que usted le ha forzado a desesperarse, y desesperado es libre ya.

VALENTÍN. — Aún no.

DAVID. — Sí.

GENOVEVA. — Explícate, explícate, David.

DAVID. — Os aborrece.

GENOVEVA. — ¿A mí?

DAVID. — A ti, a los Valmir, y quiere que me case contigo para que en vuestro nombre honrado vaya la mancha del nombre mío, del ladrón.

GENOVEVA. — ¡No... no!

DAVID. — He robado. ¡Ya sabes la verdad!

GENOVEVA. — ¡No! ¡Mentira! ¡Tú, no!

VALENTÍN. — Esto lo dirá mejor.

(Sacando el documento.)

¿Lo conoces?

DAVID. — (Sin mirar.) — Sí.

VALENTÍN. — ¿Es tu letra?

DAVID. — Sí.

VALENTÍN. — ¿Es cierto cuanto dice?

DAVID. — Es cierto.

VALENTÍN. — Léalo usted, Genoveva.

(Al ver la indecisión.)

¿No ama usted la verdad? ¿No ansiaba usted acercar sus labios a la fuente amarga? Pues este es el momento.

GENOVEVA. — No, no.

VALENTÍN. — ¿Prefiere usted dudar a convenirse? Eso es lo humano. La verdad no la piden más que los indiferentes; los que han de sufrir con ella, aman la mentira.

GENOVEVA. — (Arráncale el papel.) — ¡No; ven a mí, verdad!

DAVID. — ¡Ven a mí, muertel!

GENOVEVA. — (Leyendo.) — «Yo, David Lartol, declaro que con el nombre de Gabriel...»

(Sigue leyendo en voz baja.)

Esta es la prueba, sí; y la venganza, ¿cuál es?

VALENTÍN.—Que usted lo sepa.

GENOVEVA.—Eso vuelve a ser prueba de la perfidia de usted, pero de la venganza, no; que después de aguardarla miles de años, el cielo no consiente que se logre. Las culpas y las faltas son razones para no querer a una persona, pero no lo son para dejar de querer.

VALENTÍN.—¿Le perdona usted?

DAVID.—No lo merezco.

GENOVEVA.—No, no te perdono porque lo merezcas, que eso sería obra de justicia; te perdono porque te quiero: ¡ven!

DAVID.—¡Genoveva!

GENOVEVA.—Abandonar mujeres desesperadas, deshonorar familias, arruinarse y arruinar a los suyos, se llaman faltas disculpables en la juventud... Y una mísera cuestión de céntimos, para la que basta un mal impulso de una mala tentación, ¿ha de ser mancha imborrable? No; ven, David. ¿Te has regenerado? Mejor para mí, porque te quiero. ¿Sigues en la infamia? Peor para mí, porque te querré también.

DAVID.—¡Genoveva!

GENOVEVA.—¡Nosotros con nuestro amor y usted con su venganza, vamos todos adelante! Y al fin triunfaremos nosotros, que para algo

el amor es pasión que tiene nombre de virtud.
Ven, David...

(Van saliendo por la derecha, abrazándose ella a él. Don Valentín rompe airado el papel.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA